

Carmen

Felipe hijo jugaba con el Nintendo y escuchaba música en los auriculares.

Carmen le tocó brevemente el hombro como para que él constatará que ella estaba allí. El muchacho levantó la mano en un gesto rápido, cumpliendo con una cortesía elemental que a la vez establecía un límite infranqueable de sonidos y silencios, de estridencias y voces. Carmen se sorprendió de encontrarlo jugando; hacía tiempo que la música había reemplazado a los juegos electrónicos y lo usual era hallarlo tendido en la cama con los audífonos puestos.

—Papá llamó. No viene a cenar —dijo Felipe hijo sin despegar la mirada de los saltos que Mario Bros daba en la pantalla, respondiendo a los rápidos movimientos de sus pulgares sobre las palancas del control.

Cuando le regalaron el Nintendo, al cumplir los trece, ella lo persuadió de que le enseñara a jugar en un intento por mantenerlo cerca. Él accedió a regañadientes. Probaron algunas veces. De partida, a ella le molestó la autosuficiencia que demostraba y el tono francamente

despectivo que daba a su voz cuando se refería a su persona. Al comienzo lo tomó en broma y le dijo que parecía un profesor malhumorado, pero, luego, al persistir aquella actitud, descubrió, o más bien intuyó, un propósito, un deseo de lastimarla. Para confirmar sus sospechas, apenas conseguía que Mario Bros respondiera a los movimientos de sus pulgares, se desplegaba en la pantalla la frase: «Game Over»; en principio, indiferente a su significado; luego la interpretó como un juicio referido a su propia vida. Estaba over. No lo volvió a intentar. Supo entonces que la relación con su hijo se desbarataba y que nada lo evitaría. Permanecía atenta a las reacciones de Felipe hijo y se percató de cómo, en cuanto ella se aproximaba, el cuerpo de él se endurecía, cubriéndose de aristas, con los huesos amenazando romper la piel. Un olor de animal joven y nervioso lo envolvía.

Del niño nada quedaba.

—¿Quieres comer? —preguntó Carmen, sabiendo que la respuesta sería negativa. Efectivamente fue así, lo que le provocó alivio, pero también tristeza y soledad.

Cuando Felipe padre estaba en casa lo obligaba a que los acompañase en la cena. Era una de esas normas que ni él ni ella estaban dispuestos a cambiar, por lo menos en las palabras. Pero era inocultable que las cenas en familia se habían espaciado.

Invariablemente alguno de los tres estaba ausente, especialmente Felipe padre. Entre una cena tranquila, en la que ninguno hablaba, y una borrascosa en medio de la

cual naufragaban los sueños de la familia, no había sino un imperceptible límite que se atravesaba con demasiada facilidad. Uno de los motivos más frecuentes de disputa era la forma en que Felipe hijo comía.

Llenaba su plato hasta que se desbordaba; con velocidad asombrosa devoraba la comida y lo volvía a llenar. Carmen nunca se atrevió a decirle que engullía, igual que un cerdo, pero no podía reprimir las miradas de asco: la náusea se acumulaba en su estómago matando su apetito hasta que, quebrada su resistencia, se levantaba de la mesa con cualquier pretexto, si Felipe hijo no lo había hecho antes.

Cuando Felipe hijo no se encontraba allí, ella y su marido cenaban y apuraban el tiempo hablando de sus respectivos trabajos, comentando algún incidente político, chismeando de alguno de sus amigos o quejándose del país. Evitaban hablar de ellos. Cada uno tenía su mundo vedado a la mirada del otro, aunque no a las dudas y a las susceptibilidades que el silencio y el ocultamiento provocaban.

—Es el diez por ciento de tu vida, del que no debes dar cuenta a ninguna persona, ni siquiera a tu analista, menos aún a tu marido —decía Carmen, cuando hablaba del tema con sus amigas.

Preparó una ensalada y la comió sentada en el borde de la cama mientras miraba el noticiero en la televisión. El ministro de Economía enfatizaba los logros de la política del nuevo gobierno que, en pocos me-

ses, había abatido el proceso hiperinflacionario heredado del anterior.

—¿Los próximos pasos? —preguntó el periodista.

—Éste es el momento de la iniciativa privada, de la reducción del Estado, de la apertura comercial y de la inversión externa.

Debemos acabar con el terrorismo de Sendero, del MRTA y con la corrupción política y judicial —respondió.

Carmen cambió de canal.

—Sporting Cristal jugó mal —afirmaba Julio Prado, el comentarista de la sección deportiva del Canal 2—. Alianza Lima fue muy superior y como se ha demostrado...

Carmen pulsó el número 6, la telenovela *Caminos sin rumbo* comenzaba. Vio las primeras escenas y dejó de prestar atención, a pesar de lo cual mantuvo el televisor encendido. Se complacía de ese momento de soledad protegida por los diálogos que se repetían invariablemente de una telenovela a otra, con otros rostros, otros nombres, otros personajes. Sus pensamientos y sus fantasías flotaban sobre lo que se decía y sucedía en la pantalla.

Era su espacio, ganado en fieras disputas con Felipe padre, que las detestaba. No había partido de fútbol, noticia o película que la desplazara de su cama, ni del control de la televisión en el horario en que transmitían aquellas telenovelas. Concluyó el capítulo de *Caminos sin rumbo* y apagó el televisor.

Regresó donde Felipe hijo, que había dejado de ju-

gar y trabajaba en su escritorio. Nuevamente le preguntó si tenía hambre.

Escuchó un gruñido que, presumió, era un no. Regresó a la habitación y se acostó. No había sido un buen día. Las sábanas frías despertaron en ella un difuso deseo de ser tocada. Se acarició suavemente las piernas y el vientre. No tardó en quedarse dormida.

En medio de un sueño inquieto estiró el brazo en busca de Felipe padre; no lo encontró y despertó sobresaltada. Eran las dos y veintisiete de la madrugada. Volvió al tiempo en que él vivía su aventura con Antonella y llegaba a la madrugada, siempre con alguna excusa.

—Si está en otra de éstas, esto se acabó, esta vez definitivamente —dijo en voz alta.

El corazón le palpitaba con fuerza. Dejó la cama y fue a beber agua. Tenía la garganta reseca. Fue a la sala pero el frío la obligó a volver a la cama. Arropada, leyó unas páginas de *Waslala*, la novela de Gioconda Belli, y el sueño la venció.

Felipe padre

...

Antes de dejar la oficina puse en el portafolio la información sobre los tres casos de desapariciones en Apurímac, en los que también trabajaba en el poco tiempo que me quedaba entre la asesoría a Malena y los casos laborales que llevaba en el estudio.

Los revisaría en la noche en la casa. La plaza San Martín era un hervidero de vendedores y burócratas que abandonaban sus oficinas, al igual que yo. Tomé por Camaná para dirigirme al café.

Me atraía aquella calle, tan cambiada desde cuando estudiaba en la Escuela de Derecho de la Católica. Era la parte de Lima de la que me apropié, la que conocí en cuanto llegué de Cajamarca.

En el Café de la Plazuela un mozo que me conocía me ofreció una mesa cerca de la puerta. Pedí un expreso. Malena llegó vestida con un blazer azul bajo el cual resaltaba una camisa blanca de cuello amplio que sobresalía en las solapas. Nos saludamos.

Ella me tomaba suavemente del cuello, me presionaba con levedad y me besaba en la mejilla. Al comienzo

pensé que era una señal secreta, una especie de mensaje. Pero luego, al verla saludar a otros hombres, descubrí que hacía lo mismo. Una decepción infantil me ganó. Malena era así. La conversación era un azar; de pronto dijo:

—¡Qué bien la pasamos!

Lo de Quito se había convertido en algo que estaba allí pendiente, irresuelto, confuso. Las palabras de Malena me provocaron una sensación de alivio, me exoneraban de volver a preguntarme, reiterativa, insistentemente, sobre aquel: «¡vete!» entre imperativo y ruego que pronunció aquella noche y que me sumió tanto tiempo en el desasosiego. Habló largamente de aquel viaje como una chiquillada intrascendente. No supe qué decir y me levanté en busca de un teléfono. Llamé a casa, Carmen aún no llegaba. Hablé con Felipe hijo para decirle que llegaría tarde.

Cuando regresé Malena fumaba. Aspiraba a fondo el cigarrillo antes de lanzar el humo hacia el techo. La conversación demoró en arrancar nuevamente. De pronto ella dijo:

—Mi padre hubiera querido que yo fuera hombre. Creo que, desde que nací, lo decepcioné. Lo odio. —Su boca se contrajo en una fea mueca.

Otra vez me sorprendía. Malena sabía hacerlo. Aquellas palabras venían de la nada.

—Me voy —dijo de pronto—, mi hija me está esperando.

Quedamos en reunirnos al mediodía siguiente para revisar un contrato de comodato.

El tráfico había disminuido. Encendí la radio: Alianza Lima ganaba por dos goles a Sporting Cristal, y faltaban aún veinticinco minutos de juego. Eran las ocho y cuarenta y cinco cuando accioné la direccional para salir de Tomás Marsano e ingresar a la avenida Villarán. Un auto me interceptó. Aplasté el freno hasta el fondo pero no pude evitar golpear el bordillo de la calzada. Uno tipos armados me encañonaron y me sacaron a empujones. Quise protestar pero antes de alcanzar a pronunciar una palabra sentí un golpe en la cabeza. Caí en cámara lenta, mientras escuchaba las bocinas de los autos y pensaba que en Lima puede suceder cualquier cosa.

Desperté tendido en el piso de un vehículo grande que podía ser un camión por el ruido que hacía el motor. Circulábamos por alguna avenida con mucho tráfico, pues se detenía a menudo.

Tenía la cabeza cubierta con una capucha y las manos atadas a la espalda. La cabeza me dolía en el lugar en que me golpearon. No podía respirar. Escuché voces.

—¿Por qué hacen esto? —protesté.

—Oye, oye —dijo un hombre de voz gruesa, con acento del norte—. Está resucitando. Yo que pensé que lo había matado con el golpe que le di. Otros hombres rieron. No podía precisar cuántos iban allí. Intenté sentarme.

—Tate quieto, hijoeputa —dijo uno que estaba muy cerca.

Me golpeó con fuerza en la espalda, quedé sin aire y me desmayé.

Felipe hijo

...

Viernes, 23 de julio

José Martín compartió sus vivencias con nosotros. Nadie esperaba que el más tímido de la clase, porque José Martín no habla ni con él mismo, levantara la mano y dijera que quería leer. Fue el escándalo. Todos nos quedamos de una pieza. Describía el día anterior en el colegio, no podría repetir lo que dijo, pero yo, al igual que todos, estábamos retratados. Me imaginé que José Martín era un pez de pecera y desde allí nos miraba como unos extraños a los cuales era imposible entender o que lo entendieran.

En un momento dijo que su mejor recuerdo del colegio fue una mañana en que se sentó junto a un compañero, uno que ya no está en el colegio, y hablaron de sus casas y de lo que comían.

Los dos descubrieron que el día anterior habían comido exactamente lo mismo, como si sus madres se hubiesen puesto de acuerdo. Eso fue bueno porque pudieron hablar de lo que les gustaba. Pero todo eso había

pasado hace tiempo y ahora estaba al final del bachillerato y no había podido hablar otra vez así como en aquella ocasión.

—Somos, o éramos, cuatro y yo soy el menor —dijo—. Mi hermano mayor murió en un accidente, nadie me dijo nada acá. Tal vez fue mi culpa por no contarles.

Miré a los otros y sabía que sentían lo mismo, sus palabras eran una acusación. Luego José Martín siguió hablando. Eso ya no era un diario o lo que había sucedido un día, sino que era su vida desde que entró en el colegio. Su vida en una hora. Sentí que nos hacía mierda a todos, que nos hundía en el piso, que nos aplastaba. Pero lo que pasó al final fue lo mejor. El aislamiento de su vida en el colegio lo había convertido en una especie de testigo de todo, de las injusticias que cometíamos, de las bromas estúpidas que nos hacíamos, de los amores, de las peleas, en fin, de todo. Dijo que, no obstante, nos quería y que había aprendido mucho de nosotros. Me sonó a despedida. Lo aplaudimos. La profe no dijo nada. También aplaudió. (...)

